

El Centinela.

Periódico de la Marina, órgano del partido Liberal Democrático del distrito de Pego
Unico redactor; Don Francisco de A. Cabrera

El mismo tema

La libertad ha de ser igual para todos, pues de lo contrario no es libertad.

La famosa carta publicada imprudentemente por el prelado de Barcelona, la salvajada del pueblo de Molina en Murcia, los sermones contra la prensa liberal y los liberales, los alardes de los romeros en peregrinaciones, más políticas que religiosas, todo arguye un renuevo estado de intolerancia que ningún democrata puede ni debe aceptar con pasividad, porque es un ataque, grave y permanente, al derecho del hombre, a la libertad que debe ser igual para todos.

La tolerancia religiosa es una condición precisa, completamente indispensable, para la vida moderna, y en todo tiempo la base de prosperidad de las naciones. Basta fijarse un poco en la historia para convencerse de esta verdad.

Cuando nuestra Córdoba fué emporio intelectual del mundo, apesar de ser mahometana, la religión más intrínseca de todas, allí acudían los sabios de la Tierra a discutir los problemas más interesantes para la humanidad, y aquel centro intelectual despedía tanta luz, que alumbraba a todo el mundo.

Venecia fué grande mientras se rigió por un espíritu abiertamente tolerante.

Suiza, Alemania, Estados Unidos e Inglaterra son prósperas, ricas y poderosas por su tolerancia traducida en amplia libertad de cultos. Y en cuanto a las demás naciones su prosperidad está en relación al grado de esa misma libertad de religión, notándose que son las más atrasadas y miserables aquellas que más intolerantes son en materias religiosas. Ejemplos de esto último, España, China, Rusia, Portugal y Turquía.

Hemos citado a Rusia, a esa Rusia de la autocracia teocrática, en donde el Zar es Señor y Pontífice, Rey y Papa de todos sus súbditos. Sin embargo de tan absoluto poder sobre los cuerpos y sobre las almas, ha imperado allí el buen sentido del establecimiento de la libertad de cultos, y ya hoy en aquel despótico imperio al lado de las iglesias ortodoxas rusas, se alzan las iglesias católicas, los templos protestantes, las sinagogas judías, las mezquitas musulmanas, usando cada creyente su libertad del culto, base que ha de engrandecer un día a aquel vasto Imperio. Y aquí, que tenemos una Constitución y nos las damos de civilizados, somos más intrínsecos e intolerantes que la misma Rusia.

Con motivo de la carta regia publicada por el cardenal Casañas, un importante diario conservador de Londres, *The Morning Post*, observa, que la conducta de dicho prelado, precisamente en vísperas de la visita del Rey a París y Londres, ha causado en todas partes la peor impresión (*theorst impression in all quarters*). Y tan es así, que se prepara una reunión en Madrid de súbditos alemanes, ingleses, suizos, y franceses, que profesan la religión protestante, con el objeto de recabar de los representantes de sus respectivas naciones la seguridad más completa de que se respetará su culto.

Si al contenido de la aludida carta añadimos la salvajada de Molina de Murcia,

donde el pueblo fanático, escitado por frailes, ha apedreado a Mr. George Williams, protestante irlandés y a dos señoritas protestantes inglesas, causándoles heridas de consideración, se verá con cuánta razón se muestran alarmados y temerosos los extranjeros protestantes. Nosotros protestamos contra esa bestialidad salvaje, siquiera sea en nombre del pueblo español liberal. ¿Qué concepto formarán los extranjeros de España? Vergüenza es para una nación figurante entre las civilizadas, que en el siglo XX sucedan en España tales barbaridades. Y en tanto hechos de tal naturaleza intrínseca y fanática acontecían en Murcia, en Metz el emperador de Alemania, protestante, comía con los obispos católicos y pronunciaba un hermoso discurso en apoyo de ellos, himno a la sublime tolerancia.

Mr. Williams se expresa así: «Yo me formé la convicción de que había llegado el momento de mi muerte y me decidí a morir. Sólo me preocupaban las señoras. Ellas no vertían sangre, pero debían tener los cuerpos amarrotados, pues, les habían alcanzado infinidad de piedras. Algun periódico ha dicho que yo había reclamado ante los tribunales. Esto quiero hacer constar que no es cierto. Yo no haré ninguna reclamación. Son gente engañada. Y mientras ellos creen que su deber de cristianos es matar a los que no piensen como ellos, yo que tengo mi religión como religión de amor, les perdono a todos.»

En España imitamos al extranjero en modas, en ciencias, en comercio y otros adelantos de la vida material; pero no admitimos la tolerancia, la cultura, la expansión espiritual, la civilización y la libertad. Sucede con frecuencia, por eso, encontrar personas instruidas que alardean de cultura y de educación moderna, que se ríen de todo lo religioso, y sin embargo, apoyan con sus hechos aquello mismo que vituperan. ¿Qué hay que esperar de tales hombres? ¿Dónde está la seriedad y la convicción?

El Estado no debe tener religión alguna, porque no tiene alma; pero ya que se llama católico, bien que proteja su culto y pague a sus ministros. Más esto no arguye ni puede arguir la intolerancia a los que crean en distinta religión ó en ninguna. Puede no proteger, más debe no perseguir, autorizando la libertad más completa del culto y hacerla cumplir con sinceridad y celo.

La intolerancia religiosa y nadie más que esa intolerancia, originó dos cruentas guerras civiles en España, que la dejaron desprestigiada y empobrecida. No pudo vencer por medio de la fuerza bruta y pretende triunfar por los medios jesuíticos, en la sombra, porque a la luz sería vencida. El negro gusanillo se introduce en los palacios, sube a la política, conspira y medra con el manto religioso. Su obra es lenta y continua, achicándose ante los inconvenientes a su labor, y agigantándose cuando halla oportunidad de preponderancia. Es el carlismo armado convertido en el carlismo manso, que pretende apoderarse, por la intriga y por las conciencias timoratas, de toda España, matando todo germen de libertad, de esa misma libertad que ellos maldicen, y sin embargo, se aprovechan de ella.

No otra cosa son las romerías, las peregrinaciones, las asociaciones religiosas.

Todo se basa en un principio de libertad; pero se lo arreglan de tal modo que los frailes predicán contra la libertad y los liberales, y los romeros son manifestantes armados, dispuestos siempre a armar camorra contra las manifestaciones contrarias a tales prácticas. Que hayan conventos de frailes por donde se quiera, que en nada nos estorban; pero que estén sujetos a las leyes de asociación como los demás ciudadanos. Que hayan romerías cuantas quieran en uso del derecho de reunión y manifestación; pero que no se prohíba a los demás ciudadanos el derecho de hacer las propias reuniones y manifestaciones en sentido contrario. Que haya el derecho para todos, no la ley del embudo, que es lo que se practica. Y si las autoridades, por medidas de orden público, se ven obligadas a impedir las manifestaciones, que las prohiban todas, no dejando que los romeros las hagan y los contramanifestantes no. La libertad debe ser igual para todos, porque de lo contrario no es libertad.

Por culpa de la intolerancia y por apoyo del poder a los intolerantes, el problema clerical es por hoy el único problema que existe en España. Entendemos que la misión del Estado es puramente civil, y respetamos todas las religiones y todos los cultos. La gran conquista de los modernos tiempos, la que distingue a los pueblos civilizados de los salvajes, es la tolerancia.

Tale ómonos todos y cada cual trate de imperar por medio de la propaganda y de la convicción, respetando el derecho de todos y amando al prójimo como a sí mismo.

RECTITUD

Dados los egoísmos y el interés particular de muchos que figuran en la política de los pueblos, urge despertar en los tales el amor al ideal y a los intereses colectivos, sin lo cual la política no responde a los fines que la abonan.

La lealtad en los actos y la rectitud en las intenciones son indispensables para la marcha de toda colectividad política.

Causa más daño un enemigo con esta, esencialidad entre las filas de un partido, que cien adversarios desenmascarados.

La selección se impone allí donde impere los descontentos y los falsos partidarios. Los partidos no deben merecer víctimas de hipócritas convencionalismos.

Los que dirigen los partidos deben cumplir sus deberes y sus compromisos, aunque el firmamento se hunda.

No hay peor cosa en política que juzgar y desconfiar de los hombres que la dirigen, porque no siempre la multitud está en los secretos de aquellos procedimientos que no deben ser públicos para no preparar al enemigo.

La democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo; pero el pueblo no puede gobernarse sino por medio de sus representantes, y estos, al efecto, deben tener la confianza de sus representados.

Cuando los representados pretenden imponerse a los representantes, sin quitarles la confianza, ó sin hechos que por los efectos conocidos y probados resulten contrarios a la finalidad loable que se busca, impera la anarquía, y donde la anarquía existe, no hay gobierno ni dirección de política posibles.

No conocemos la infalibilidad en ningún hombre. Pueden, por tanto, sufrir equivocaciones los que dirigen los partidos; pero si esto acontece, debe buscarse el medio de subsanar el error, de ningún modo emplear la violencia de la palabra ó del procedimiento. Hay que ver siempre si ha habido rectitud.

Sería inhumano, injusto, y por lo tanto censurable, que a un general que hubiera ganado cien batallas con honor, se le vituperase porque hubiera perdido una.

No hay ofensa donde no hay intención de ofender.

No hay responsabilidad de error donde se ha creído obrar bien.

Sólo a fuerza de paciencia, de tolerancia, de unión y de fé, se llega al fin que se apetece.

Que haya en todos rectitud.

El pastor y los corderos

Los mansos corderos que unidos y compactos seguían al gran pastor del rebaño conservador, sin necesidad de honda ni cayado, por disputarse el pasto alimenticio de un campo verde y apetecible, se dividieron en dos grupos, arremetiéndose mutuamente, para ver cuál de los dos quedaba dueño de la pradera.

A la lucha despiadada enseñó el gran pastor su cayado, ejerció su honda, y la lucha cesó; pero vivos resentimientos de la refriega han mantenido el encono irritante y la fuerza de la intriga ha reemplazado a la épica, viendo, ambas partes de qué medios se han de valer para destruirse, sin despertar las iras del pastor, con quien todos los corderos, cuyo apoyo buscan, están conformes y satisfechos, dada su condición cordril.

Los corderos del grupo de la marca P. F. pretendieron echar fuera del aprisco a los corderos del grupo de la marca A. C. alentados por su pastor. Se quejaron a este los seguidores de los atropellos de los primeros, y el pastor amante siempre de su rebaño, por lo que le dá la lana y la carne, hizo ammorar los arrestos hostilizadores. Se envalentonaron a su vez los hostilizados, se hicieron fuertes por el temor de sus contrarios, y por fin, no sólo consiguieron echarlos del aprisco, sino que se fueron a otro, llevándose los posebres y los demás útiles del sesteo.

—¿A mí con esas?—debió decirse la fracción del rebaño vencido, y se fué con sus amargas quejas, muy amargas, en busca de su pastor pidiéndole la vénia primero y el apoyo después, para poder sostener en el aprisco abandonado, en el que siempre lo hicieron. Y el pastor siempre afable y atento con sus corderos, por lo que le conviene, algún tanto harto de todos ellos por lo revoltosos, encontró justa, ó al menos conveniente, la demanda, y su valiosa ayuda prestando, rehabilitó a los vencidos para que puedan ser vencedores. Y en desagravio natural por no haber empleado la honda y el cayado a su debido tiempo, se presentó en el antiguo, hoy nuevo aprisco, para darle públicamente el sello de la aprobación de su autoridad pastoral.

¿Qué dicen a todas estas tramoyas del pastor, los corderos de la marca A. C.? ¿Qué opinan los zagales I. B. y P. F.? ¿Qué

opina el cordero mayor de la propia marca? ¿Se deciden á desempeñar el bochornoso papel de vencidos por la otra fracción ó están dispuestos á luchar? ¿O es, por ventura, que el cayado del pastor tiene la madera tan flexible que no puede romperse y su honda tan certera que las piedras que despedir pueda han de dar siempre en la frente de los corderos?

Es verdad que la condición corderil no permite á los corderos reflexionar. Si les permitiera, verían sin grande esfuerzo cerebral, que el cayado del pastor es de madera fácil de romper y que su brazo, vetusto y gastado, ya no puede manejar la honda con acierto.

Otros apriscos hay para sesteo agradable, que no tienen pastor de honda y cayado, donde los maltratados pueden encontrar agradable sesteo, libres de esas veleidades é informalidades de semejante pastor.

Esperemos los acontecimientos y veremos cómo se las arregla el gran pastor para unir á sus corderos, alegres y contentos, cuando ya es imposible la buena armonía en los corderos, apesar de su condición corderil.

Nuestro aprisco, donde pueden correr libres y á su antojo, está abierto para dar entrada á unos ú otros de los corderos descontentos.

Esperemos.

Los dos peligros

Dos peligros tienen las instituciones, de tendencias y fines opuestos; pero de idéntico resultado.

Es uno el de la demagogia roja, y es el otro el de la demagogia blanca.

La intransigencia clerical es la demagogia blanca.

La intransigencia anarquista es la demagogia roja.

Ambas intransigencias son temibles, ambas ofrecen peligros.

Al lado de la clerical, más ó menos afecto, está el partido conservador.

Al lado del anarquismo, más ó menos afecto, está el republicanismo.

Solo un partido está capacitado para fortalecer las instituciones y éste es el partido democrático.

La democracia practicada con la autoridad necesaria, puede detener las intransigencias de los partidos extremos. La virtud consiste en un medio.

Isabel II fué amenazada de muerte por el cura Merino. Alfonso XIII lo acaba de ser en París por un anarquista.

La libertad más amplia con un poder moderador que la mantenga en sus justos límites, es el sistema político de gobierno que emplean las naciones más cultas y adelantadas.

Podemos y debemos aprender mucho de Inglaterra, cuya libertad y autoridad permite toda clase de propagandas sin que los intransigentes apelen á la violencia y al crimen.

Como españoles y como demócratas protestamos con todas las fuerzas de la indignación contra el bárbaro atentado de París, en el que ha estado á punto de perecer nuestro joven y brioso monarca. Por la Patria, más que por nada, nos alegramos de que D. Alfonso haya salido ileso de un peligro tan inminente.

Muchas lecciones puede tomar el Rey en su viaje por Francia y por Inglaterra, naciones liberales, que puede luego enseñar prácticamente á España, escogiendo á hombres capaces que desde el Gobierno las introduzcan en nuestros usos y costumbres.

Solo convirtiendo la monarquía en liberal democrática podrá sustraerse D. Alfonso de los dos peligros.

Después de escrito lo que precede, leemos en el *Heraldo de Madrid*:

«Preguntado un alto funcionario británico acerca de los medios usados para conseguir tales garantías de seguridad en Londres, ha contestado:

—«Dos nada más: libertad completa para la manifestación de las ideas y vigilancia continua para saber lo que en todo momento hacen los anarquistas.»

Comedia política

LUGAR, UN CASINO. PERSONAJES: *Excelso, Ali-Mamet, Cirujedo, Hungüento, Abad y otros menos importantes.*

Excelso.—Aquí me tenéis en cuerpo y alma dispuesto á servirlos en cuanto pidáis, deseoso de complacerlos. Si pretendéis que autorice con mi presencia el cariz político de este nuevo Casino, lo habéis logrado, puesto que aquí me hallo para hacer declaraciones terminantes acerca de cuáles son los preferidos. Mi autoridad es infalible, plausible, indiscutible, insustituible é inservible. (General aprobación.)

Una voz.—Inservible no.

Excelso.—Me explicaré: he dicho inservible, porque me pasa lo que á los músicos viejos, que no les queda más que el compás, y aún este, en política, me parece que lo voy perdiendo; pero no es de caballeros ni de hombres de pró, dejar de prestar auxilio cuando se le pide con tanta humildad como lo habéis pedido vosotros.

Otra voz.—¡Viva el Excelso!

Excelso.—Gracias por tan buena voluntad; pero mi vida ya no será lo que fué, porque muchos me han abandonado y mis enemigos los demócratas se han hecho muy fuertes. Más no puedo negarme á la defensa de mi casa solariega y á la de mis buenos y leales servidores de este pueblo.

Otra voz.—¡Pícaros demócratas!

Excelso.—Pero no temáis. Mientras yo tenga los ojos abiertos, no mandarán los demócratas en Benisa y voy á decirlos por qué.

Mi hermana ha comprado por mil pesetas un pensamiento, que ha regalado á cierta persona (q. D. g.) y ésta hará que esta situación no pase á los demócratas. Es mi voluntad soberana y esto basta, porque á mí no hay quien me tosa.

Por otro lado ya yo he pactado con Morret y todo está arreglado. Aquí habrá dos partidos para el turno, uno liberal y otro conservador.

Nombro para jefe del liberal á mi fiel Cirujedo y para jefe del conservador al generoso Ali-Mamet, y yo sobre los dos, porque, repito, mi autoridad es infalible, plausible, indiscutible, insustituible, é inservible.

Cirujedo.—No sabemos, señor, cómo corresponder á tanta bondad, escogiéndome para jefe de un partido. Y aún cuando este partido aquí no ha de mandar nunca, no por eso es menor mi agradecimiento. Partido tan partido como el partido que me ofrecéis, parte á uno hasta por el eje. Yo bien se que tenéis muy buenas intenciones, como las de siempre; pero como decís que sois inservible, me temo que no sea verdad tanta belleza. ¡Ah, señor!

Cuando Dios se determina á no remediar los males, en vano son los cordiales y los caldos de gallina.

Lo que siento, señor, es lo inútil de mi sacrificio en favor del hombre insustituible. ¡Quién lo había de pensar! Decididamente, está visto, llevo la mala sombra en donde quiera que me cobijo.

¡Cuánta mudanza en un día! Ayer maldije al burgués, y hoy quiero todo al revés: se trata de cosa mia.

(Voz general: es verdad, es verdad.)

Ali-Mamet.—Gloria al Excelso en las alturas políticas y paz entre sus adoradores en este pueblo. A esta paz lo he sacrificado todo, incluso la violencia que empleé para echar del antiguo Casino á nuestros disidentes relacionados con los demócratas. Es de esperar que el Excelso, aunque inservi-

ble, según confesión propia, siga prestándonos apoyo, sin jugar con dos barajas, sin encender una vela á Dios y otra al Diabolo, y cuando creemos que nos está protegiendo nos está fastidiando.

No te fies, libro mio de las manos del librero; que cuando te está alabando seña es que te está vendiendo.

Por lo demás he cumplido mi deber, porque si para los nuestros perdí un Casino, que fué entero á los otros, en cambio, por el Excelso protegido, logro crear otro. Y parodiando á Zorrilla solo diré:

No os podéis quejar de mí vosotros á quien maté; si buena vida os quité un mejor Casino os di.

Hungüento.—Señores: confieso que con mi barba tengo muy bonita cabeza; pero sin seso. Sin embargo, no soy tan lerdo que no comprenda que esto se va, que hemos hecho tarde para la representación de nuestra comedia.

Los guardias walonas, según la canción, siempre llegan tarde á la procecion.

Verdad es también, y perdone el Excelso mi franco modo de señalar, que si no fuera porque nuestro amo y señor se considerara inservible, no se allanaría á darnos protección. Le pasa lo que al naufrago que para salvarse se coge á la primera tabla que encuentra. Nosotros somos esa tabla.

Sea lo que sea y resulte lo que resulte, concreto todo mi pensamiento en el que dedico al Excelso que me escucha.

Te quiero; pero quiero que tú no quieras al que te quiero y quiere que no me quieras.

Abad.—Meditad todos bien mis palabras sentenciosas, que por algo me apodan Cánovas. Y para no ser menos que los brillantes é intencionados oradores que me han precedido en el uso de la palabra, también echaré al aire mis versitos sabrosos.

Salvé la vida de un hombre y el hombre me dió mal pago; y en cambio maltrato á un perro y lame el pobre mis manos.

Mucho tengo que decirte, pero me llamo al silencio; hasta te digo callando, si tienes conocimiento.

La flor de la calabaza es una maldita flor, que se la dan á los hombres en la mejor ocasión.

El bien y el mal me persiguen; y cada cual me destruye; el bien que sigo me huye y el mal que huyo me sigue.

Toma allá mi corazón; si lo quieres matar, puedes; pero como tú estás dentro, también si lo matas mueres.

Excelso.—A todos os he escuchado inalterable, apesar de vuestros ataques, censuras, amarguras y quejas, porque á mí nada me enfada ni me asombra. Con mis pactos, no lo dudeis, todo lo arreglaré. Los demócratas mandarán en Alicante; pero en Benisa mandarás Cirujedo, el hijo mimado de mi fingido liberalismo. Ali-Mamet representará con mucha representación al partido conservador y todos marcharemos bien si no viene el diablo y tira de la manta, que será lo más seguro.

Una Voz.—¡Pensad en los demócratas!

Excelso.—Esa es la huéspeda en que no contábamos; pero ¡qué importa! El día que llame á tiros y troyanos de mi antiguo partido, ereo que todos vendrán unidos á servir á su señor. ¿No es verdad, señores?

Cirujedo.—Con Fulano, Zutano y Mengano, jamás. Nosotros nos sobramos.

Ali-Mamet.—Aprobado.

Hungüento.—Lo mismo.

Abad.—Yo serviré de eslabón para la cadena de la unión. Para eso me pinto solo.

Voz general.—No queremos la unión. Nos sobramos.

Excelso.—Eso de la unión corre por mi cuenta. Yo tendré buenas palabras para

los otros, los haré promesas y me creerán; pero los protegidos seréis vosotros.

Cirujedo.—Entonces no nos podemos fiar. El Excelso turbado.—¡Ah! ¡Oh! Yo... en fin lo arreglaré todo con mi pastelito.

Y en tanto esto decía el Excelso un hombre que por la plaza vendía pasteles, gritaba:

¡El pastelero!

Para "El Centinela,"

Alguien, no importa quién, ha dicho que la sociedad sería muy otra si se percatase naturalmente le ha señalado para desempeñar voy deduciendo la estupidez proclamada *urbis et orbe* al leer de algunos prautos entendidos que estamos adelantados, que progresamos vertiginosamente, que las ideas corren, que los hombres pasan, que la humanidad es el individuo, la familia una ráfaga, que el tiempo es relación... y así van discutiendo.

Pequeño mi cerebro, negativa mi argumentación, estrambótica, rara y todo, pero humana tendiendo al fin noble, sin ribetes de adornada dición, voy convencido de que la sociedad, en suma, actúa hoy en España de bestia devoradora, rindiendo pleito respeto á la fortuna y sin pararse ante la agonía de los españoles que padecen de la enfermedad del hambre. Rudo es el problema de encarecer nuestros productos, Tosca la obra de regeneración criminal la intención de querer atraer con promesas, sarcásticas la manera de fingir moralidad de muchos, pero eso es nada al contemplar los gobiernos y las clases acomodadas, los mismos legisladores, al padre de familia con mil reales de jornal ganados en todo un año. Ante esa pasividad de todos, tenemos una España de gollos, una España de corrupción, un despotismo arriba, un caciquismo abajo, prostitución en todos lados, carcoma de todas clases, legislación no adaptable á nuestras costumbres y á nuestro clima y á nuestra educación, legislación que hace responsable al mismo que la ignora, sin apreciar la exigente de ignorar las leyes al que no sabe leer ni escribir, ni al que en su vida las oyó predicar, legislación que como dice el mismo Costa, se da por sabida para todos, cuando sienta aquel o de: «A nadie le es permitido ignorar el derecho» disparate que solo el eminente jurista consulto se atreve á comentar aconsejando el remedio en la instrucción.

Instrucción. Y para quién? Para el rico que obtiene un título de lujo, para el rico cuya fortuna discutible, siempre, lee y no estudia y desdena al rapazuelo que postula por la calle, sin cuidarse la sociedad que allí hay una inteligencia, un ser que tiene derecho á la vida, un corazón que late, un hombre que refleja ya en su conciencia el estado actual, que llega á casa, cloaca inmundada, donde ve á su padre maldecir de la suerte sin poderle alimentar, sacando á subasta cuatro enseros viejos para pago de la cédula personal.

Y el niño se adiestra en recoger colillas, ingresa en la cárcel en el momento de terminarse una manifestación donde ha sido el culpable un sistemoso de un título, y allí en vez de obtener algo bueno, consigue confundirse en el montón de masa inmundada que llegó por el mismo peldaño á tan triste suerte.

Otra y más, y ese niño es un día instrumento del caciquismo y va á la última pena que nada resuelve y cuando revisa su historia en busca de la causa de sus desdichas halla una sociedad cruel, una mano traidora que bien pudiera calificarse de magia perturbadora, la sociedad.

Si, la sociedad mal entendida, esa sociedad que aprecia la nocturnidad cuando la noche buena el pobre obrero roba un conejo al duque que celebra sus orgías con escándalo de la moral, dejando abandonados sus vecinos en el villorrio. La sociedad; si esa sociedad que eleva á jurados á instrumentos del caciquismo que ha estado años sin pagar al maestro, que confunde el censo electoral en montón de basura donde el más rico compra más y abona su campo, campo que producirá tal vez la venta de nuestro territorio.

La sociedad, pues, no existe tal para el fin que fué creada; la sociedad actual que no se ocupa de hacer su objeto, es perjudicial, es el salvajismo impuro; no es el avance, no es la ley, no es el progreso, no es la civilización, no es nada; el principio del desbarajuste, preparación al caos, lo incomprendible.

Y que es una copia de la obra de D. Escudero, publicada en el año 1884, por el Sr. D. Escudero, en el número 10 de la calle de San Mateo, Madrid.

El Centinela

Sr. D.

ver y Mengual, de Pedroguer; García Vidal, Pastor, Peris y Llagaria, de Pego; Bono, de Muro, y Esteve, de Cocentaina. Dispensamos todos aquellos que en estos momentos no recordamos sus nombres.

La visita a Alcoy del Sr. Canalejas ha tenido por objeto el bautismo de un vástago del meritísimo D. Carlos Pérez, diputado provincial, queridísimo amigo y correligionario valioso, a quien nuestro ilustre jefe distingue y aprecia como él se merece. Tráenos a Benisa los dulces del bautizo para los amigos predilectos.

Allí hemos hablado largamente con amigos tan valiosos como los señores Arnau, Atienza, Díaz Moreu, Rizo, Asín, Pérez Girónés, Lafarga, Sorribes, todos entusiastas por la noble idea regeneradora de la democracia.

Tuvimos el placer de oír la oración sublime, grandilocuente del insigne Canalejas en el banquete de los médicos, en la que el llamado Combes español por la prensa alcoyana, de lo cual ya nos ocuparemos, dió su nota religiosa en términos tan justos como elocuentes, que hubiéramos querido hubiesen oído esos malvados que presentan a nuestro jefe como enemigo de la religión.

Nos falta espacio para detallar todos los hechos e impresiones recibidas en Alcoy; pero podemos asegurar que el sol conservador en la Marina besa ya las montañas del ocaso y la aurora democrática empieza a alumbrar en el oriente de nuestra regeneración.

Nos ocuparemos en el número siguiente de lo que ahora dejamos esbozado.

PENSAMIENTOS

En política yo soy como el peñascos en medio del mar, fuerte e inamovible, que con la misma indiferencia recibe el embate de las olas que le azotan, que el beso sonriente y espumoso de las ondas que lo lamen.

«Amigo que no da y cuchillo que no corta, aunque se pierda poco importa.»

«No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista.»

En las enfermedades, lances y apuros

de la vida, es cuando se conocen los amigos.

Cuando más conozco a los hombres, más quiero a mis perros.

Tiroteo

Francia envió una embajada a Fez; en seguida otra Alemania, luego vá una de Inglaterra, después irá otra de España y se anuncia una quinta de Turquía. Marruecos está de moda. Reunión de rabadanes, muerte de oveja.

Un corresponsal del diario *Las Provincias* de Valencia, pone en sus correspondencias desde Madrid, grande empeño en presentar al Sr. Canalejas como distanciado y casi reñido con el Sr. Montero Ríos. Soñaba el ciego que veía. ¿Qué habrá hecho el Sr. Canalejas a ese corresponsal para que tan mal le quiera?

Nuestro querido compañero el *Heraldo de Venia*, hablando del pase del Sr. Beltrán al partido democrático, dice:

«Cosas veredes... El día menos pensado leeremos también que Torres Orduña quiere ser canalejista.»

Por Santa Madonna que nos hace falta. Que siga, que siga cabalgando con su mulito conservador.

Diálogo: *Gigante*.—Mi querido primo: hemos llegado ya a un extremo. O Antonio ó yo. Elige. *Excelsa*.—Calla, por Dios, primo querido, y no tengas miedo. Ese Antonio hace dos ó tres años que no plata, ni pintará nunca nada.

Gigante.—Con esa promesa, callo; pero es preciso que vayas al pueblo y des pruebas a los míos de esos tus buenos propósitos.

Excelsa.—Lo haré, así como todo lo que tú quieras.

Otro diálogo en el pueblo: *Excelsa*.—Veas lo que vices, queridísimo

mo Antonio, calla. Yo te prometo que tu serás mi favorito predilecto.

Antonio.—Pero han de quedar anonadados los secuaces de su primo el Gigante.

Excelsa.—Conforme, del todo conforme; pero no ahora, porque se marcharía de mi lado todo ese elemento. Ten paciencia y fía en mí.

Antonio.—Con esa promesa, callo; pero es preciso que no me engañe.

¡Pobre Excelsa, en que apuros te metes!

El partido conservador, después de la muerte de Silvela, empieza a discutir quién será su jefe.

Eso señores, conservadores, se discute en la oposición, que os está cercana.

Para ver si estáis divididos y maltrechos, no estando una parte en el poder. Yo propongo para jefe de este partido al hombre de los pasteles de la Marina.

Y para su secretario a D. Lios de Jávea.

El color verde está ahora de moda en Inglaterra.

Apesar de las buenas impresiones que el Rey traerá de Inglaterra a su regreso a la Villa coronada, el color de la esperanza no prevalecerá.

Porque en la coronada Villa y en todas las Villas de España no gusta el verde. Villaverde, pues, está de sobra.

Casos y Cosas

El Sr. Canalejas ha presentado al ministro de la Gobernación a una comisión de fabricantes de papel.

El Sr. Canalejas ha sido nombrado Pre-

sidente de la Junta que ha de entender en el Reglamento de alcoholes.

Nuestros lectores conocerán ya el inesperado fallecimiento del eminente político D. Francisco Silvela.

Muchas veces, desde estas humildes columnas, hemos censurado sus actos de gobernanate por pensar de diferente manera que él; pero esto no nos impide afirmar que fué un político honrado, un talento de primer orden y un hombre de Estado de valer.

El partido conservador ha perdido para siempre al mejor de sus hombres. Que de seanse en paz.

Nuestro muy querido amigo D. Celestino Pons nos escribe una carta desde Jávea, carta de la que, no obstante de ser particular, sacamos el párrafo siguiente:

«He tenido la noticia del perance de la guerra hecha a su casa. Ya sabe que a raíz de las elecciones generales últimas fui yo el víctima (me quemaron el *riñon* y salvése milagrosamente la casita), pero menos afortunado que usted, no tenía nada asegurado.»

Publicamos este párrafo para hacer constar que en todas partes somos los democratas víctimas de la tea incendiaria.

Mirando de donde sale el Sol se sabe donde se halla el Oriente.

De los primeros que acudieron a Palacio para expresar su sentimiento por el atentado y su felicitación porque S. M. el Rey haya salido ileso, fueron los señores Montero Ríos, Canalejas, Vega de Armijo y Capdepón.

Imprecta de Antonio Reu

—Lógica, justa y natural me parece su posición—comentó Leoncio.

Don Fernán apenas si pudo pronunciar las últimas frases a causa de su risa. Leoncio soltó la carcajada. En cuanto a Escudillo, que se ponía rojo como la grana, a medida que escuchaba el relato, se desbordó en frases y ademanes inauditos, repitiendo el himno de su fe, y terminando por decir que el asunto no era para chiflados. Fernán y Leoncio reían a más no poder a medida que Escudillo se enternecía, y éste en fin aumentaba cuanto más tendía suelta remita la hilaridad. Y sabe Dios adonde hubiera ido a parar la broma si Escudillo no se hubiera marchado, cerrando la puerta violentamente. Aquel día no hubo más conferencias; pero al siguiente, D. Fernán fue en busca de sus sobrinos, les reunió en su despacho y les dijo: —Vamos, sobrinos, a tratar ahora en serio el asunto que ayer interrumpimos. Mi opinión, después de haberlo meditado mucho, es que se proceda a un arreglo con don Rosa, para ver si lograrnos no dar tanto como pide; pero si ella no cede, si se empeña en quererlo todo, será preciso darlo, pues no cabe negarva ni pleito contra su legítimo derecho.

—Pues a mí no me tiene cuenta que sea natural, ni justa, ni lógica—observó Escudillo.—Declaro que no me conformo con la exigencia de una prima que nunca vi, ni conocí, ni acepté, que no debo relacionarme con una hija del pecador, ni mucho menos proporcionarle bienestar con los bienes que me pertenecen. Lucharé yo solo, si mis hermanos no me acompañan, y venceré sea cual fuese el medio, que el santo fin que persigo me justificará ante Dios y ante los hombres. —¿Cómo puede ser esto?—preguntó D. Fernán. —Nada puedo contestar al momento porque aun no he trazado el plan que he de seguir; pero tengo conocimiento y voluntad para que, por lo que calcularé y obraré. Por de pronto no se me ocurre otra idea que la de que me heiramos me contien sus poderes generales en este asunto, de modo que para ventilarlo no haya más que una voz y un voto, el mío. —Pues yo—añadió D. Fernán—hablaré con los otros herederos y creo que conseguiré sus poderes, y esta noche tendré Escudillo la contestación para que sepa a qué atenerse. Así terminó la conferencia. Inmediatamente se retiró D. Escudillo a su habitación, se encerró en ella y se puso a meditar.

—Hasta que no se le conoce, a Escudillo le pasó lo que a todos los malvados distraídos de misistros apartados de sanidad para esgonder la negra de su alma, la humildad como medio para avanzar el fin como despoja, el retiro social para finguar en su teatro diatíficos planes contra la sociedad; pero toda esa dazura, toda esa beatitud, toda esa hipocresía desaparece cuando se ve hostiga-

do al dinero, tan celoso de su nobleza de sangre! Sin duda, mi buena amiga, le has causado un mal rato. —Como ves, no es mi la culpa. —Bien lo veo, pero él no podrá tolear con calma el halazgo de una prima que no espera, y lo que le será más doloroso, que le ha dado dinero. No lo conozco. Por no distinguir en la ciencia no se ha casado, y por aparecer noble, incurrió hasta en ridiculizos. Leoncio no es así. Aparte de sus grandezas políticas, de sus frases, de sus orgafos siempre, que le ocasionaron una no lejana y lastimosa caída, Leoncio, en su vida social, es todo un caballero; pero Escudillo, que tiene todo lo malo de Torquemada, y ninguna de las virtudes que pudiera tener el famoso Inquisidor, es de malos sentimientos, capaz a todas las venganzas, a todos los crímenes ordenados, de quien debes desconfiar. —Pues no lo manifiesta. —Hasta que no se le conoce, a Escudillo le pasó lo que a todos los malvados distraídos de misistros apartados de sanidad para esgonder la negra de su alma, la humildad como medio para avanzar el fin como despoja, el retiro social para finguar en su teatro diatíficos planes contra la sociedad; pero toda esa dazura, toda esa beatitud, toda esa hipocresía desaparece cuando se ve hostiga-

Rosa. Así es que quedo como mudo, los ojos al suelo fijos, sin movimiento visible en mi cuerpo. —¿Qué contesta a esto mi querido primo?—Y a su vez calló la dama. Un rato largo de mutismo tuvo lugar. Por fin, rompió el silencio él, diciendo: —Yo no soy solo en la familia. Consultaré el caso con ella, y ya le contestaré. —Aguardaré en este pueblo su contestación por breves días, creyendo que usted no la demorará. A estas palabras se sucedieron las de despedida, que fueron en extremo ceremoniosas. En el pueblo que nos ocupa vivía en las temporadas de verano la Condesa de Laurel, la que había conocido en Alicante a la simpática Rosa. A casa de la Condesa se encaminó la dama pidiéndote hospitalidad por algunos días, a la que accedió gustosamente aquella. Era la Condesa baja de estatura, regordeta, vivaraz, de cultura extremada, dama del gran mundo, con relaciones con toda la aristocracia de la Villa y Corte, de las cuales hacía ostentación. Rosa contó a su amiga el objeto de su viaje al pueblo, y el pueblo de la Condesa, oyó con profunda atención, diciendo luego: —Habrá que ir a D. Escudillo, tan aterra-